

La hazaña y la palabra

Por Arturo Uslar Pietri

CARACAS. — Se conmemoran los 400 años de la muerte de Camoens, acaecida en Lisboa el 10 de junio de 1580. Es el mismo año en que Portugal pierde su tenaz independencia, absorbido temporalmente en la corona castellana de Felipe II. Hay mucho de turbador significación en la coincidencia de estos dos hechos. Portugal deja de ser independiente el mismo año en que muere, oscura y pobremente, el poeta que le había dado, en "Los Lusíadas", el más poderoso y eficaz canto al orgullo nacional. El poema constituía la más flagrante y eficaz contradicción al transitorio hecho político y tenía que predominar a la larga.

Portugal, tanto o más que la insular Inglaterra, ha sido un país del mar. Antes que nadie y de manera más completa y efectiva exploraron las rutas oceánicas y completaron la imagen del mundo para los europeos. Fueron los primeros occidentales en establecer contacto permanente con África y con Asia, sin olvidar la forja del Brasil. Bloqueados de la tierra por España, el mar fue su heredad y su aventura.

Fueron los portugueses los que abrieron el camino de la India cuando la comunicación por el Mediterráneo Oriental quedó cortada por la victoria de los turcos sobre Bizancio. Cerrada esa ruta milenaria, que tanto significaba para el bienestar de Europa, surgió la desesperada necesidad de hallar una nueva ruta para las Indias.

A propuesta de Colón la corona de Castilla se lanza a buscar la nueva ruta a través del Atlántico hacia el Oeste. Colón fracasa en su empeño porque, a mitad del viaje hacia el Asia, tropieza inadverentemente con un nuevo continente. Los portugueses buscan la vía, dándole la vuelta al África. Era una empresa difícil y llena de riesgos. Para la época Portugal tenía los mejores navegantes, los más modernos barcos y las más avanzadas técnicas de navegación de altura. En 1488 Bartomeu Dias llega hasta la punta meridional de África, a aquel cabo desolado que entonces se llamó de las Tormentas y más tarde, con razón, de Buena Esperanza. Nueve años después, en 1497, una flotilla, al mando de Vasco da Gama, dobla el cabo, remonta la costa oriental de África hasta Mombasa y se lanza a la travesía del Océano Índico para fundear en Calicut, al Sur de la India. Quedaba abierto para los europeos el camino que iba a ser el único hasta la construcción del Canal de Suez tres siglos más tarde, y establecidas en manos portuguesas, las bases del tráfico y los asentamientos fundamentales de un gran imperio mundial.

Fue una hazaña extraordinaria que transformó el destino de Portugal y el de Europa. Casi un siglo más tarde, en 1572, Camoens publica en Lisboa, al regreso de una larga y trabajosa permanencia en África y la India, su gran poema a la gloria de los portugueses.

Los hombres cultos del Renacimiento, que habían redescubierto a Homero y a Virgilio, pensaban que el sentimiento fundamental de nación debía tener como base un poema épico unificador y estimulante. Les parecía que los griegos, fragmentados políticamente en infinitas Ciudades-Estado, habían mantenido una cohesión superior gracias a la "Ilíada" y a la "Odisea", y que la unidad mental y cultural del imperio romano tenía como fundamento la "Eneida" de Virgilio. Los poetas cultos de la época se lanzaron en una u otra forma a esa ambiciosa empresa, que intentaron en muy diversas maneras, pero ninguno llegó a crear un verdadero poema nacional del alcance y la significación emocional y moral de "Los Lusíadas".

Así es de conmovedora y asombrosa la fuerza de la palabra. No hay duda de que Portugal llegó a alcanzar su apogeo histórico y su importancia mundial gracias a los grandes hechos de sus navegantes, pero estos hechos mismos no hubieran significado para el pueblo y la posteridad todo lo que llegaron a significar como raíz del sentimiento nacional y del destino colectivo sin su transmutación en materia de poesía imperecedera.

No hubiera tenido la hazaña de Vasco da Gama la misma significación y resonancia secular para el pueblo si no hubiera venido a transformarla en emoción verbal y en fascinación la obra del poeta.

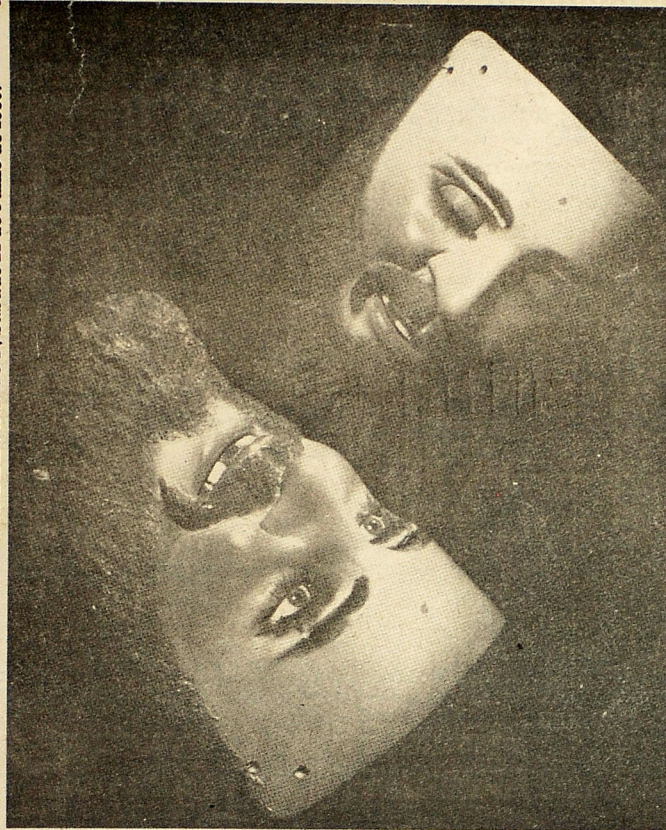
Sería muy difícil discriminar lo que se debe, en la emoción de los portugueses por su pasado heroico, a la hazaña misma o al poema que la canta. Gracias a él lo transitorio se convirtió en permanente y se escapó de su tiempo para seguir presente en todos los tiempos de la posteridad.

Ésa es la condición y la asombrosa virtud de la palabra. Durar más que las piedras y que las circunstancias históricas. Es, al final, lo que queda con vida y lo que no pierde vigencia.

Cuando Don Felipe II se cino la corona portuguesa debió sentir que había logrado rematar una vieja lucha de siglos y que no había fuerza apreciable que pudiera destruir aquel gran hecho político. Si lo llegó a pensar así, estaba equivocado. No iba a durar sino sesenta años aquella unión artificial, que contrariaba muy arraigados sentimientos. Poca atención debió poner a la noticia de que había muerto un poeta aquel mismo año. Había personajes de más monta de quien ocuparse en el panorama político de aquella hora.

Hoy vemos, sin embargo, que en el mantenimiento del espíritu nacional portugués jugó una parte esencial aquel conjunto de versos que cantaban con tan seguro acento "las armas y los varones señalados" que partieron a la conquista del mundo desde la playa occidental portuguesa.

Filosofía, Arte y Letras.



Por
Carlos
Balaguer

LA TRISTEZA:

Escarabajo de las siete patas rotas

Tal vez la tristeza ya sea un vino de lujo para el hombre cotidiano. La opresión de una sociedad, anónima como esas empresas de inciertos asociados que no se conocen entre sí, nos relega al sentimiento de soledad, de aislamiento. La tristeza por el dolor que acaece a diario, en cualquier ventana...

Es un vino de lujo, de fruto amargo. Y nos corresponde beber a "grandes tragos de vino, Pinot o de uva negra", como escribe Marcel Schwob, en "El Rey de la Máscara de Oro".

Pero así como el miedo a la muerte —que se originó en la época post-gótica en las artes— impulsó al hombre al amor, a la vida y a la libertad, la tristeza puede generar en el individuo moderno un regreso a sí mismo, a su olvidada ficha de registro, haciéndole cambiar las actitudes perceptivas de la vida, del estado de ánimo, como objeto de análisis y de respuesta.

Nos entristece vivir entre desconocidos e inválidos. Ciegos que se nos cruzan por la calle con su blanco y amenazador bastón; sordos escuchando su pérdida sinfonía; otros, sin lenguaje. Pero lo peor de todo, las ventanas abiertas y vacías de la inteligencia de la soledad, abiertas en el meridiano.

Así como la muerte —antes del nacimiento de la polifonía en la música— se esperaba como el triunfo de la vida, la tristeza genera en la multitud, un regreso hacia la expectativa de su propia identidad: deberemos celebrar que ya nos conocemos, que somos espejismos repetitivos, que ya no estamos tan lejos los unos de los otros... Que nos une un dato, un nombre, una atmósfera; un sentimiento común.

Neruda, el del corazón amarillado, cantó muchas veces a la tristeza. El pobrecito, poeta tris-

te, vertiendo el jugo negro de la vida en sus versos a la vida, aunque la misma vida terminara a veces en lechos de cedro.

En una oportunidad menosprecia de esta forma a la tristeza, la llama: "Tristeza, escarabajo de las siete patas rotas", "huevo de telarañas", "rata descalabrada", "esqueleto de perra". Y continúa diciéndole:

¡Aquí no entras!
No pasas.
Vete.
Vuelve al sur con tu paraguas, vuelve al norte con tus dientes de culebra.
"Aquí vive un poeta. La tristeza no puede entrar por estas puertas. Por las ventanas entra el aire del mundo, las rosas rojas nuevas, las banderas bordadas del pueblo y sus victorias."
"No puedes".
Aquí no entras.
Sacude alas de murciélago, yo pisaré las plumas que caen de tu manto,

yo barraré los trozos de tu cadáver hacia los cuatro puntos del viento
yo te torceré el cuello, te coseré los ojos, cortaré tu mortaja y enterrare, tristeza tus huesos roedores
bajo la primavera de un manzano."

(Tomado de un manuscrito de Neruda, obsequiado a Margarita Aguirre).

El mismo Neruda, quien en 1970 dijo los poetas de esta época "vitales y realistas que no tienen escuela" entre otras cosas "tienen que encontrar su camino a la madurez al través de la tristeza". Marc Oraison propone que "la inteligencia mejor de la muerte es la consideración de la vida como un estado embrionario, como un embarazo del mundo que va gestando y pariendo hombres a esta manera de ser."

Tal vez entonces la tristeza se vaya de paso, después de dar su aviso, en las puertas y ventanas del mundo, diariamente, en el último día del cambio de estación y de follajes.